

EDICIONES J. SAMET

PREMIADO CON

\$ 3.000

En el Concurso Literario  
Municipal de Buenos Aires:

# LA TRANSFIGURACION

por T. ALLENDE IRAGORRI

En todas las buenas  
librerías . . . \$ 2.—

SE REMITEN LIBRES DE GASTOS, A TODA LA AMERICA

J. SAMET, Editor - Av. de Mayo 1242 - Bs. Aires

¿Es la UNIVERSIDAD

## Enemiga de la Cultura?

He ahí el importante  
problema que estudia el  
Dr. C. Sánchez Viamonte  
en:

### “LA CULTURA FRENTE A LA UNIVERSIDAD”

Un nutrido  
volumen \$ 2.—



# IZQUIERDA

PUBLICACION MENSUAL

Año I

Buenos Aires, Abril de 1928

No. 4

*Amo al pueblo, pero detesto  
su estupidez. — Zangwill.*

Un día un obrero me dijo:

—A ustedes los intelectuales los vamos a ahorcar, cuando hagamos la revolución.

A mí no me tomó de sorpresa lo que aquel obrero me dijo. Era un hombre estúpido, honrado y revolucionario; sentía profundo desprecio por los intelectuales. No creía sino en la organización obrera y en los obreros. Tenía el odio del bruto por la inteligencia y la desconfianza del ignorante por el que sabe algo. Estaba convencido de que quien se empeña en saber algo, lo hace de puro picaro para embaucar a quien no sabe. Cuando le dije, sonriendo, que si los intelectuales hacían la revolución con los obreros, no había razón para matarlos, me respondió exasperado:

—Sí, lo mismo habrá que acabar con ellos, o echarlos a cualquier parte. Han servido siempre a los burgueses. Y son unos parásitos. Una sociedad obrera no necesitará intelectuales. ¡Son un lujo burgués!

Aseguro que estas palabras me las dijo un obrero. Me acordé de él, cuando leí en un ensayo de Gorki esta respuesta de un campesino a un intelectual: (cito de memoria, porque no tengo el libro a mano: así que las palabras son mías, pero el sentido es de Gorki):

—Hermano, — dijo el campesino — nosotros no les hemos pedido a ustedes que hicieran la revolución; la han hecho porque han querido; ahora aguántense.

Y no soltaba el trigo para la ciudad que sufría hambre. La revolución hecha por los intelectuales, y los obreros intelectualizados de las ciudades, había puesto el trigo y demás alimentos de Rusia en manos de los campesinos; pero los campesinos no había pedido la revolución; por eso no se tenían por obligados a alimentar las ciudades, ni a los intelectuales, ni a los obreros que los habían sacado de la esclavitud. Aquel obrero argentino pensaba, en el fondo, lo mismo que este campesino ruso de Gorki. Pero la estupidez de nuestro obre-

## Los intelectuales, los obreros y los hombres de acción.

ro era mayor. Nuestro obrero era revolucionario. Si los intelectuales le dieran, pongo por caso, hecha la revolución, él los echaría después de aceptarla, diciéndoles:

—Hermanos, gracias por la revolución que me dan; ahora, largo de aquí; jódanse ustedes, porque yo no les pedí que la hicieran. La pensaba hacer por mi cuenta.

Los obreros piensan hacer la revolución por su cuenta. Hay algunos intelectuales que creen que eso es posible. Hay quien cree, por lo pronto, que la inteligencia es cosa secundaria, y que sirve de muy poco. Es un error. Por ejemplo, el señor Barrenechea ha escrito un libro, que, aunque se llama "Excelencia y miseria de la inteligencia", sólo muestra la miseria de la inteligencia. El señor Barrenechea cree lo mismo que aquel obrero de mi cuento, y lo mismo que aquel campesino ruso que le decía a Gorki:

—Después de los frailes, hay que colgar a los médicos y a los sabios.

El señor Barrenechea, no está, por lo visto, en mala compañía. Su opinión es que los intelectuales son, naturalmente, unos corrompidos. Escribe que siempre han sido aduladores y alharaquientos sin hacer jamás nada bueno.

Su argumentación es bastante inorgánica. Parece, por momentos, que si el intelectual hace mala vida y tiene malas costumbres, es por culpa de nuestra sociedad. Pero luego, en resumen, la conclusión es que todo el mal del intelectual está en ser intelectual. Yo no voy a hacer la fácil broma de decirle a Barrenechea, que él ha hallado en su propia inteligencia la miseria de la inteligencia. Antes pienso lo contrario: que es una excelencia de la inteligencia el poder señalar su miseria, que, como toda cosa hu-

mana, la tiene. Esta ventaja tiene la inteligencia sobre las otras cosas. Esta desventaja tienen los intelectuales entre los otros gremios. La inteligencia es capaz de condenarse a sí misma, y el intelectual es capaz de levantar testimonio contra su propia vocación, profesión, oficio y existencia. El intelectual se confiesa siempre, y su confesión suele adquirir el tono y la traza del martirio. El señor Barrenechea, que es un intelectual puro, ha sentido sed de padecimiento. Se ha infligido martirio, con gozo. Ha puesto de infelices y canallas para abajo a los intelectuales. Lo ha hecho mucho mejor que aquel obrero con quien concuerda en sus opiniones. Porque lo ha hecho con inteligencia.

Aquel obrero no creía capaz de ninguna acción social a los intelectuales, sino sólo de sumisión. Parece mentira que sea menester decirle ahora a Barrenechea, lo que no valía la pena de decirle a aquel hombre, no porque fuese obrero, sino porque no quería entender: los medios de acción del intelectual son de otra naturaleza que los medios de acción del hombre de acción. Pero, si se juzga por los resultados, salvo el muy raro caso de un puro hombre de acción, con genio, el intelectual es al cabo mucho más hombre de acción que el puro hombre de acción. Así como la actividad intelectual sea un escritor con ideas y con destreza expresiva, es leído al cabo por mucho mayor número de personas que las que puede manejar el puro hombre de acción. La acción del puro hombre de acción es de momento. Actúa por acción de presencia. Sus obras e instituciones, cuando él ha desaparecido, pueden o no hablar por él. Pueden ser mal usadas; porque los hechos dependen de las opiniones, sino para ser producidos, para ser entendidos y aplicados.

La acción del intelectual se extiende en el tiempo. No es de mero lugar y momento. Gana más terreno porque dura más: con la añadidura de un privilegio que parece divino; en sus obras está siempre presente el autor, al través de las edades. Ellas hablan por él. El es su primer exégeta y su primer apóstol. Su